

PAULO FREIRE, FILÓSOFO DE LA TRANSFORMACIÓN DE LA HISTORIA

Paulo Freire era un hombre sencillo y profundo. Quizás profundo por ser sencillo. O quizás mejor, sencillo por ser profundo. Esto quiere decir que cuando alguien se acercaba a él, con la expectativa de encontrarse y conocer a esta gran personalidad, responsable de uno de los principales virajes de la teoría y la práctica educativa de nuestro tiempo, él no le correspondía con una actitud distante, sino que le dirigía una mirada afectuosa y de profundo respeto.

Siempre me impresionó la profunda atención con la que escuchaba, y luego, como buscando en su interior los hilos que le conectaban con la persona con quien hablaba, cómo se concentraba para responder o para colocar su punto de vista... siempre me impresionó cómo era capaz de dialogar y qué coherente con sus convicciones era en su manera cotidiana de ser. Así, decía cosas intensamente sencillas, cargadas de una enorme profundidad o, quizás mejor, decía cosas intensamente profundas, con una enorme sencillez.

Esta imagen dialogante de Paulo Freire, emocionándose ante cada nuevo tema o experiencia que tenía frente a él, abriendo los poros de su sensibilidad ante cada persona que honestamente se le acercaba, es la principal imagen que guardo de aquellas seis o siete circunstancias en que tuve el privilegio de conversar personalmente con él. Las podría resumir perfectamente en una frase que nos dijo una vez, a Maria Aparecida Ferreira Romano y a mí, en una visita que le hicimos a su casa en Sao Paulo, desde donde -teniendo al horizonte esa selva de cemento que es esa enorme ciudad de catorce millones de habitantes- Paulo se asomó a un gran ventanal abajo del cual había un increíble bosque que parecía pintado en medio de tanto edificio. Nos dijo algo más o menos así : “Lo que no debemos perder nunca, ante ninguna circunstancia, es nuestra capacidad de asombro”.

No es posible asombrarse de lo que ocurre en la vida cotidiana, si creemos que ya sabemos las respuestas, si no somos capaces de hacernos nuevas preguntas.

No es posible asombrarse ante una experiencia nueva, si creemos que “ya hemos visto de todo”, si no nos pica la curiosidad por descubrir pistas, señales, intuiciones que otras personas están poniendo en práctica con su trabajo.

No es posible asombrarse, en definitiva, si no estamos dispuestos a aprender. Y Paulo Freire quiso siempre ser coherente con su concepción del ser humano como sujeto que busca conocer, que necesita aprender para vivir. Mejor dicho, que vive en la medida que aprende y que aprende siempre de lo vivido.

Creo que en esta rápida descripción, se concentran algunos elementos fundamentales de la filosofía educativa concebida y vivida por Paulo Freire. Se concentran elementos fundamentales de la filosofía teórico/práctica que ha marcado con su sello indeleble las propuestas de Educación Popular en las que estamos comprometidos muchos educadoras y educadores populares latinoamericanos, dispuestos no perder nunca, ante ninguna circunstancia, nuestra capacidad de asombro.

La filosofía vs el método

La filosofía de Paulo Freire, sustento de su pedagogía y su antropología, no estaba compuesta de un discurso complejo y reservado a especialistas. Su filosofía era una manera de ver la vida, y aún más, era una manera de vivir: teórico/práctica, “senti/pensante”, siempre en búsqueda, siempre conciente de nuestra condición de seres inacabados, que nos vamos haciendo en la historia.

Por eso, la filosofía educativa de Paulo Freire es eminentemente una filosofía “preñada de historia” y su propia vida, fue constituyéndola, paso a paso, hasta ese día de abril de 1997 en que se despidió de nosotros señalándonos la ruta por la que nos invitaba a seguir caminando.

Esa filosofía en construcción está presente desde sus primeros escritos, marcados por la intensa experiencia en el Brasil de los años cincuenta y sesenta, y fue enriqueciéndose a lo largo de su exilio, siempre recreando su pensamiento ante cada nuevo desafío: primero en Bolivia, luego en Chile donde estuvo de 1964 a 1969, posteriormente en Estados Unidos, y luego trabajando con el Consejo Mundial de Iglesias en Ginebra de 1970 a 1980, parte de cuyo tiempo lo pasó vinculado a la experiencia educativa de Guinea-Bissau, hasta volver nuevamente en América Latina, especialmente en su último período de compromiso político, pedagógico y personal en Brasil.

Su filosofía estaba tan marcada por su propia historia y por su capacidad de aprender de ella permanentemente, que siempre reclamaba el que se pusiera atención a sus orígenes como condición de poder comprenderlo.

Cierta vez, fue nombrado en un evento internacional “ciudadano del mundo”. El, que había nacido en Recife, Capital del estado de Pernambuco, en el Nordeste Brasileño, mencionó lo siguiente:

***Mi recifidad explica mi Pernambucalidad
Mi Pernambucalidad explica mi Nordestinidad
Mi Nordestinidad explica mi Brasileñidad
Mi Brasileñidad explica mi Latinoamericanidad
Mi Latinoamericanidad explica mi ser ciudadano del mundo.***

***No es posible ser ciudadano del mundo
Sin ser primero ciudadano de Recife.
De Recife en cuanto es el contexto que me marcó, me marca y me marcará.***

***Por eso digo que no me entienden
Si no entienden Recife
Y no me aman
Si no aman Recife¹.***

Siendo profundamente histórico, Freire era -tenía que ser- radicalmente dialéctico e integral, preocupado por la interrelación de las distintos aspectos que componen la realidad. Veamos cómo en sus “Cartas a Guinea Bissau - apuntes de una experiencia

¹ Poema proporcionado por el Dr. Jacinto Ordóñez, estudioso y amigo de Freire.

pedagógica en proceso”, reflexiona en torno a las indisoluble relación entre Teoría del conocimiento, Objeto de conocimiento y Método.

“Considerando que la educación, la acción cultural, la animación, no importa el nombre que se dé a este proceso, implica siempre... una determinada teoría del conocimiento puesta en práctica, una de las primeras cuestiones que nos tenemos que plantear debe referirse justamente a esa teoría misma, al objeto que se trata de conocer - y que constituye el contenido programático de la educación... - y al método de conocer.

En primer lugar, la teoría del conocimiento al servicio de un objetivo revolucionario y puesta en práctica por la educación, se basa en la constatación de que el conocimiento, siempre proceso, resulta de la práctica consciente de los seres humanos sobre la realidad objetiva que, a su vez, los condiciona. De ahí que entre aquellos y ésta se establezca una unidad dinámica y contradictoria, como dinámica y contradictoria es también la realidad.

Desde el punto de vista de tal teoría -y de la educación que la pone en práctica-, no es posible:

- a) Dicotomizar la práctica de la teoría;**
- b) Dicotomizar el acto de conocer el conocimiento hoy existente del acto de crear el nuevo conocimiento;**
- c) Dicotomizar el enseñar del aprender, el educar del educarse.**

Por otra parte, el método coherente con esta teoría del conocimiento, al igual que el objeto que se trata de conocer -o sea la realidad objetiva- es dinámico también”.²

Estas afirmaciones acerca la íntima relación entre teoría, objeto y método de conocimiento, constituyen la base de la filosofía educativa freiriana. Veámoslas con más detalle:

- a) Primero, señala que la educación es siempre la puesta en práctica de una determinada teoría del conocimiento. De esta manera, nos invita a explicitar la teoría del conocimiento en la que sustentamos nuestras prácticas educativas y si éstas sirven o no a un objetivo transformador.
- b) Segundo, afirma que el conocimiento es siempre proceso, es decir, que es inacabado, no llega nunca a agotarse, es permanentemente recreable.
- c) Lo anterior, debido a que el conocimiento es producto de la práctica de los seres humanos sobre una realidad, y que esta realidad, a la vez condiciona dicha práctica. En otras palabras, el conocimiento es producto de la práctica histórica, dinámica y contradictoria de las personas, y no consiste en un conjunto de verdades inmutables, perennes.

² *Cartas a Guinea-Bissau, apuntes de una experiencia pedagógica en proceso*, Siglo XXI editores, 2ª. Edición, 1979.

- d) Más allá aún, afirma la unidad existente entre práctica y realidad. Podríamos decir que, en verdad, no existe ninguna práctica que no forme parte de la realidad, así como no es posible entender la realidad sino como expresión de prácticas históricas, siempre “en unidad dinámica y contradictoria”.
- e) Así, no es posible separar la práctica de la teoría. Esto quiere decir que no tiene sentido una teoría que no tenga como punto de referencia la práctica, o que no parta de la práctica, o que no sirva a la práctica. Asimismo, no podrá entenderse ni modificarse la práctica si no es gracias a la teoría. Ambas se necesitan mutuamente para ser ellas mismas.
- f) Tampoco será posible separar el acto de conocer el conocimiento hoy existente del acto de crear el nuevo conocimiento. Todo nuevo conocimiento se funda en el conocimiento existente, se relaciona con él sea para reafirmarlo con nuevos elementos, sea para profundizarlo, sea para modificarlo parcialmente, sea para negarlo a partir de nuevas afirmaciones.
- g) El proceso educativo tendrá, pues, que partir de los conocimientos existentes en las personas participantes en él. El educador o educadora deberá “movilizar” los conocimientos existentes, antes de pretender proponer la apropiación de nuevos conocimientos. No hay conocimientos transferibles directamente, que puedan pasarse de forma automática de una persona a otra. Siempre el nuevo conocimiento se produce por medio de un proceso activo de relación entre los conocimientos existentes y nuevas informaciones. El respeto a este proceso y la habilidad para seguir una secuencia de apropiación progresiva y de producción creadora de conocimientos es, quizás, la tarea más delicada del arte de educar.
- h) Por fin, una nueva unidad dialéctica se produce entre el aprender y el enseñar, el educar y el educarse. Llegamos así a una comprensión del acto educativo como acto creador y dialógico en el que las personas, como sujetos activos de este proceso, nos desafiamos mutuamente a producir lo nuevo. Las mediaciones pedagógicas, los instrumentos didácticos, son sólo caminos y herramientas para desafiarnos a la aventura intelectual y vital de la producción del conocimiento a partir de nuestra práctica y en función de su transformación.

Cierta vez Paulo Freire fue entrevistado por una joven investigadora interesada en demostrar que quienes proponían la educación popular en América Latina, (y afirmaban la importancia de una educación horizontal y dialógica, en la que quienes asumen el rol de educadores deben tener también una actitud de aprendizaje) estaban negando la importancia del enseñar. Ella necesitaba tener un argumento de autoridad que respaldara sus cuestionamientos y reafirmara su planteamiento del rol principal de los educadores como quienes enseñan conocimientos ya estructurados.

Le hizo, entonces, a Freire una pregunta más o menos así: “Hay algunos educadores populares que afirman que el educador está sólo para aprender y niegan la importancia del enseñar. ¿qué opina ud. sobre ello?”. Y Freire, le respondió algo como: “Quien afirme que el educador no enseña es un mentiroso o un demagogo” pero inmediatamente continuó: “... pero enseña, como parte del acto más importante, que es el de aprender...”.

En esa relación dialéctica entre enseñanza y el aprendizaje, la primera está en función de la segunda. Por supuesto que el educador o educadora tiene la responsabilidad de enseñar, de aportar todo lo que sabe sobre un tema, o de “enseñar” el camino o las vías

posibles para apropiarse de un contenido, pero todo ello lo debe hacer “como parte del acto más importante, que es el de aprender”.

Enseñar, en este sentido, nunca será “afirmar la noción verdadera para que los alumnos la repitan”. Enseñar, será aportar todas las capacidades y conocimientos posibles, para posibilitar el proceso creador del aprendizaje, entendido como **apropiación** de los conocimientos. Como proceso activo y crítico en que se realiza un ejercicio intelectual propio e irreplicable en que nos aventuramos a construir nuevas nociones, asociaciones o relaciones.

Enseñar, en este sentido, no se asemeja tampoco a la noción metodologicista de “facilitar” el aprendizaje. Es bastante común oír que – en contraposición a una concepción autoritaria y directivista del rol de quien educa – se habla de que su rol se reduce a facilitar procesos de aprendizaje por parte de las demás personas. Esta noción corre el riesgo de asignarle un rol externo, como si quienes educan no fueran también sujetos activos del proceso de aprendizaje o apropiación.

Considero que una noción más acorde con la propuesta filosófica de Paulo Freire sería el asignar a quien educa la responsabilidad de **desafiar** a quienes se educan a la búsqueda, al cuestionamiento, a construir sus propios criterios (y así, desafiarse a sí mismos en ese proceso). De este modo, el proceso educativo entendido como desafío se convierte en una invitación a investigar, a inquirir, a formarse criterios propios y puede transformarse en la más apasionante aventura intelectual, formadora de personas libres y liberadas, sujetos creativos de la producción de nuevos conocimientos y, por tanto, de nuevas propuestas de interpretación y acción sobre la realidad.

Sin embargo, una de los aspectos que se ha difundido más ha sido el llamado “Método Paulo Freire de alfabetización”, que si bien es un aporte innovador a los procesos educativos, y en particular a los procesos de alfabetización, es sólo uno de sus muchos aportes. Esta situación, termina reduciendo su propuesta filosófica a consideraciones metodológicas, o incluso de procedimiento.

Este reduccionismo es reflejo de una aproximación superficial al pensamiento, a la obra y a la vida de Paulo Freire. Pero es explicable. Lamentablemente. Es demasiado común entre las personas que realizan educación popular, trabajo social, promoción social, etc. el buscar “recetas” con las cuales trabajar. Fórmulas metodológicas que “mágicamente” nos den la respuesta a todos los problemas prácticos y que, seguramente, alguna persona sabia ha logrado ya descifrar.

Esta pereza mental y vital, esta cobardía intelectual y anímica, esta complacencia tan acorde con los tiempos neoliberales y autoritarios en los que vivimos, que nos reducen al acomodamiento psicológico y a la mansedumbre del alma, que matan la rebeldía, la curiosidad, la inquietud y la sospecha, es la que se expresa en la búsqueda de “los cinco pasos de la investigación participativa”, “los tres momentos de la acción social”, “las seis etapas de la sistematización”, etcétera, para –una vez descubiertas- aplicarlas mecánicamente a lo primero que se presente. Por supuesto, como no falta por ahí alguna persona ilustrada que se yerga como la inventora de dicha fórmula, ella hace que se cierre el círculo vicioso.

Paulo Freire era tan contrario a estas mitificaciones y superficialidades que no dudó en dejar de usar uno de los términos que le hicieron conocido en todo el mundo: la “concientización”, al darse cuenta que le habían despojado del contenido profundo con el

que él lo había creado. Con esa misma decisión afirmaba que a él no había que repetirlo, que había que “reinventarlo”.

Esa reinención, haciéndola con la labor de cada día, con el trabajo popular paciente y sistemático, con la reflexión crítica y permanente a partir de lo que hacemos, es a la tarea que Paulo Freire nos invita y a la que muchos nos sumamos, en muchos rincones del planeta.

Y lo hacemos, no porque nos hemos aprendido de memoria sus frases, sino porque su coherencia vital, teórico-práctica, su filosofía, nos marca profundamente, más hondamente que cualquier método, técnica o procedimiento.

Lo hacemos porque al voltear la mirada y encontrarnos con el trayecto recorrido por Paulo Freire en las manos callosas y el corazón terco de nuestros pueblos, que se niega a desfallecer, encontramos una clave para la construcción del futuro: la esperanza como factor de construcción de la historia y de rechazo a someternos a destinos impuestos.

Llama mucho la atención que en los últimos escritos de Freire, un tema recurrente sea el de la Pedagogía de la Esperanza. Pero no como esperanza pasiva, alienada, confiada en que “alguien” haga algo, sino como una esperanza activa, transformadora, confiada en las capacidades propias de la fuerza creadora de los hombres y mujeres sencillos de nuestras ciudades y campos.

La “Pedagogía de la Esperanza” no es sino la otra cara de la “Pedagogía del Oprimido”. Una le da sentido a la otra. Y no como vago discurso genérico, sino como concreta y cotidiana afirmación práctica:

Hay una relación entre la alegría necesaria de la actividad educativa y la esperanza. La esperanza de que profesor y alumnos juntos podemos aprender, enseñar, inquietar-nos, producir y juntos igualmente resistir los obstáculos a nuestra alegría.

En verdad, desde el punto de vista de la naturaleza humana, la esperanza no es algo que se le yuxtaponga a ella. La esperanza es parte de la naturaleza humana.

Sería una contradicción si, inacabado y conciente de su inacabamiento, primero, el ser humano no estuviera dispuesto a participar de un incesante movimiento de búsqueda y, segundo, si buscara sin esperanza.

La esperanza es un ingrediente indispensable de la experiencia histórica. Sin ella, no habría historia, sino sólo determinismo. Sólo hay historia donde hay tiempo problematizado y no ya pre-asignado. La inexorabilidad del futuro es la negación de la historia..

... el futuro como problema y no como inexorabilidad. El saber de la historia como posibilidad y no como determinación. El mundo no es. El mundo está siendo. Para mí, como subjetividad curiosa, inteligente, que interfiere en la objetividad con la que dialécticamente me relaciono, mi papel en el mundo no es sólo el de quien constata lo que ocurre, sino también el de quien interviene

***como sujeto de lo que ocurrirá. No soy sólo un objeto de la historia,
sino, igualmente, su sujeto”
(Paulo Freire, *Pedagogía de la Autonomía*)***

A ser sujetos de la historia nos invita Freire. Sea ésta una oportunidad propicia para afirmar nuestra disposición a emprender ese desafío en la labor de cada día.